

PEDRO TRIGO

El repertorio de Chávez

Hoy, por la conjunción de diversas circunstancias, existe un desbalance absoluto de poderes. El Presidente es el poder determinante. El problema es si esto es asumido por él como una coyuntura pasajera, que debe dar lugar a la institucionalización relegitimada de los diversos poderes o a la consolidación de un presidencialismo estructural.

Desde su campaña el presidente Chávez, con su tenacidad a toda prueba y sus inmensas dotes carismáticas, ha acabado por copar la escena política e ideológica, imponiendo una temática muy peculiar que posee una enorme coherencia interna y que está tiñendo al país con su estilo y colorido, tan peculiares, y que incluso lo está empezando ya a marcar y hasta a configurar con su impronta.

Parece importante comprender la constelación que forma esta serie de propuestas, su razón de ser, su oportunidad histórica, el por qué de su aceptación popular y de su cada vez más clamoroso triunfo electoral, y no menos calibrar hasta qué punto recogen y vehiculan el proceso histórico que dinamiza al país.

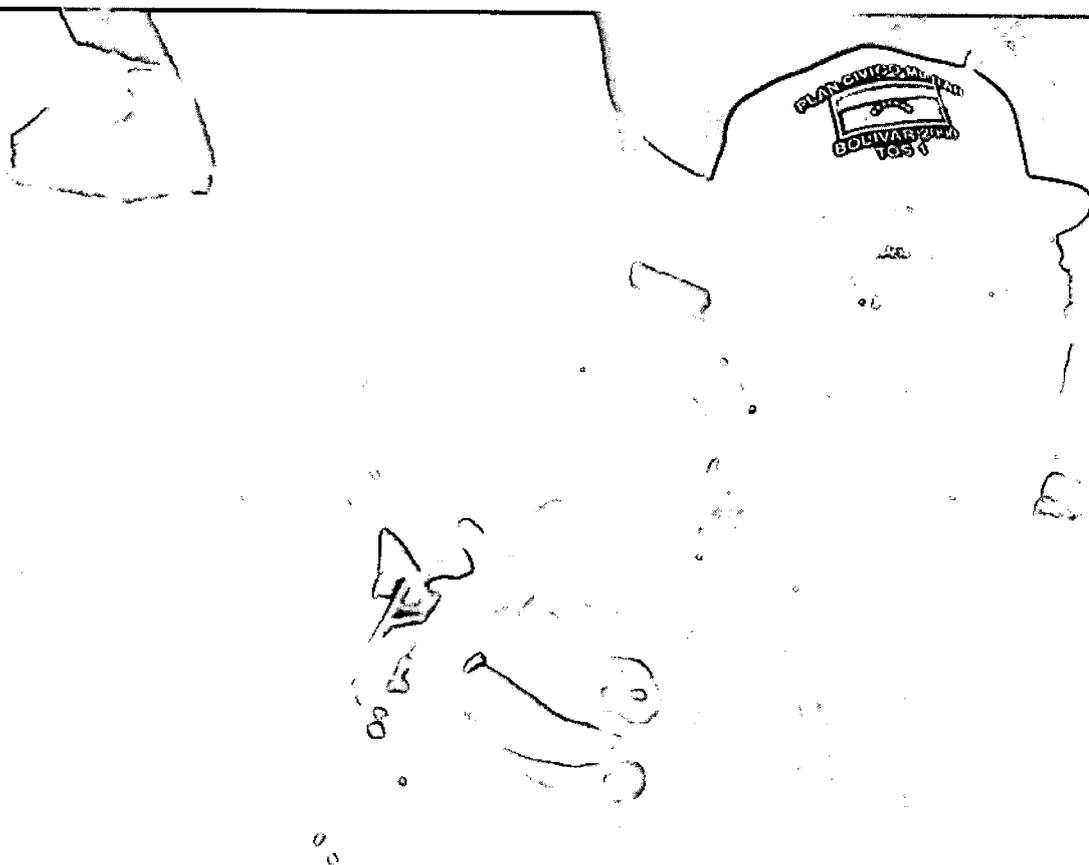
Lo cívico-militar

La novedad más llamativa de las propuestas de Chávez y más aún de su estilo personal es su insistencia en lo cívico-militar. Casi lo único nuevo puesto en marcha es el Plan Bolívar 2000, que se presenta como conjunción de esfuerzos de organizaciones ciudadanas (y de la ciudadanía en general) y las Fuerzas Armadas; pero con la peculiaridad de que son los militares quienes lo comandan y coordinan y además quienes administran los recursos. Si esta primera creación es significativa de lo que Chávez tiene en mente, es claro que piensa que los militares deben volcarse al desarrollo y más en general a la administración estatal, pero no como un cuerpo contradistinto a la ciudadanía sino en organizaciones mancomunadas o más aún en los organismos estatales existentes. La manifestación más llamativa de que ésa sería, en efecto, la dirección a la que apunta es el nombramiento de personal de las Fuerzas Armadas para desempeñar puestos directivos en la burocracia estatal. Podemos calificar esta presencia de masiva y en no pocas áreas hasta de copamiento de la administración pública. El símbolo de esta

propuesta sería la insistencia del Presidente en que él es un soldado, la constante alusión a su experiencia en el Ejército, la abundancia de comparaciones militares, la reiteradísima afirmación de su condición de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y sobre todo, la reivindicación de su condición de militar, en función de Presidente de la República, democráticamente elegido.

Si este propósito se llega a realizar a plenitud el resultado sería un Estado cívico-militar, en el que el peso determinante residiría en lo militar y lo civil fungiría como arropamiento. En estas condiciones podrían realizarse elecciones, incluso con más frecuencia que lo usual, pero el funcionamiento no sería en sí democrático. No lo sería porque un estamento, las Fuerzas Armadas, se habría enquistado en el Estado, y la lógica estamental no es democrática. En esta estructura las votaciones serían plebiscitos, votos de confianza, no elecciones para un ejercicio democrático.

Muchos elementos llevan a pensar que Hugo Chávez entiende el ejercicio de la Presidencia de la República según la estructura de mando castrense, que no es deliberante piramidal, sino absolutamente verticalista. Este mando puede ejercerse como un desnudo ejercicio de poder, sin ninguna autoridad moral, o de un modo gris según la lógica institucionalista, o en base a la autoridad que da la inteligencia y la integridad dentro de los lineamientos, o de una manera aún más abierta por el carisma personal que convierte al individuo en una personalidad corporativa en la que los demás se sienten, no sólo representados, sino identificados. Desde esta impronta carismática, Hugo Chávez pone su vida en interpretar correctamente el sentir de la ciudadanía y las posibilidades de la situación, y para eso indaga, toma contacto y se asesora. Pero, cumplida en cada caso esta fase de inmersión en la realidad y consultas, al tomar medidas espera que se le dé un voto de confianza y se colabore con él.



Ésta es, según parece, su relación con el MVR. Tendría dos fases estructurales: el contacto cálido para recoger estados de opinión y aspiraciones y cerciorarse de quiénes serían las personas más idóneas, y el dictado de la política concreta a seguir desde los cuadros escogidos por él. Puede haber una estructura formalmente democrática y debatirse multitud de propuestas; pero en definitiva el Movimiento es de apoyo a lo que decide el líder, que revalida su liderazgo con una presencia lo más asidua posible.

Desde esta manera de entender el cargo de presidente, Hugo Chávez aparece como una persona sin relaciones horizontales y mutuas, es decir, sin relaciones cortas de ese tipo, ya que la gente a nivel masivo sí siente que se relaciona así con ella. Aunque tal vez sí se relacione estructuralmente de una

manera deliberante con el Movimiento Bolivariano 200, que sería entonces su verdadero entorno. Esto reforzaría lo que venimos diciendo del carácter estamental de la propuesta.

Si nos preguntamos por la experiencia que podría estar en el fondo de esta propuesta cívico-militar, creemos que la referencia obligada sería el caracazo y la subsiguiente utilización de las Fuerzas Armadas para reprimir y aun masacrar al pueblo. Esta experiencia perturbó profundamente a muchos militares, a los militares más sanos humanamente y con un sentido más claro de los objetivos de la institución. Habría dos determinaciones a raíz de esta tragedia: La primera, jurarse a sí mismos que ese hecho no se repetiría, más aún, que habría que concebir y comandar las Fuerzas Armadas de modo que no fuera po-

sible que se utilizaran más en contra del pueblo. La segunda, sería una toma de conciencia de la justicia de los reclamos del pueblo y la contribución positiva de las Fuerzas Armadas a satisfacerlos. Esta contribución lavaría la mancha que contrajeron y entablaría unas relaciones realmente fraternas con la población. Además, ante el colapso institucional, sólo las Fuerzas Armadas podrían reconducir al Estado y a la sociedad a una reinstitucionalización fecunda.

El problema de fondo que posibilitó ese comportamiento militar en el caracazo y que constituye la realidad básica que necesita rectificación en las Fuerzas Armadas es que ellas nacieron a la profesionalidad intervenidas, ya que la fundación de la academia militar y su consolidación como cantera de cuadros solventes se da bajo la interferencia del

caudillismo andino. Posteriormente, cuando empezaba a consolidarse la pura meritocracia, fueron nuevamente intervenidas, es decir, desviadas de su función, por la dictadura de Pérez Jiménez y seguidamente por Rómulo Betancourt, que las penetró a nivel político-partidista.

La solución de este problema de fondo pasa por la revisión del papel de las Fuerzas Armadas en una democracia latinoamericana al comenzar el siglo XXI. Esta revisión la tienen que hacer sin duda los propios cuadros, pero sobre todo la sociedad políticamente organizada y la ciudadanía como tal. Si la lógica del estamento militar es la que decide sobre el papel de las Fuerzas Armadas, es la democracia la que está intervenida. Consolidar la democracia es confinar a las Fuerzas Armadas en tareas absolutamente específicas. Volcarlas sobre la sociedad y el Estado es, por un lado, desfigurarlas y a la larga pervertirlas; y, por otro, es acabar con la democracia.

El papel específico de las Fuerzas Armadas venezolanas está, a nuestro modo de ver, en las fronteras. El que el país haya disminuido territorialmente de un modo tan drástico tiene que ver sobre todo con el desdoblamiento de las fronteras. Mientras Cipriano Castro ganaba popularidad en Caracas con sus invectivas contra quienes avanzaban por la Guayana, nadie se movió por salirles al paso. Es un hecho paradigmático. Cada vez más somos los arrinconados venezolanos. Es claro que no tenemos soberanía efectiva ni en el sur ni en el oeste. Ejercerla estructuralmente es el cometido fundamental de las Fuerzas Armadas venezolanas al comenzar el siglo XXI. Para ello, se necesita desarrollar una red vial y fluvial que asegure las comunicaciones, los suministros y, más en general, los servicios. Si se concentran en esta tarea y tienen éxito en ella, será posible implementar una política estatal de incentivos en orden a una colonización integral.

Así pues, comprendemos los motivos que han podido llevar a Hugo Chávez a su propuesta cívico-militar; pero creemos que es una dirección antihistórica que conduce al estrangulamiento de la democracia y a la alienación y ulterior depravación de las Fuerzas Armadas. El mejor servicio que ellas pueden prestar al país será atenerse a su misión, que es muy difícil, y adecuarse para ejercerla, y para eso hay que liberarlas de cualquier injerencia o interferencia, de modo que, concentradas en su oficio, acaben siendo el brazo armado de la democracia para asegurar al país.

El Ejecutivo y la burocracia estatal

Si lo que da la clave es lo estamental según el paradigma militar, una consecuencia de ello es la desaparición del Estado, en el sentido moderno del aparato burocrático, como una magnitud relativamente autónoma del gobierno, que tiene a su cargo la recaudación de los impuestos, la administración de la justicia, la creación y mantenimiento de la infraestructura y la prestación de los servicios básicos de orden, seguridad social y educación.

A decir verdad, no se puede decir que el concepto moderno de la burocracia estatal tenga ganado su puesto en el imaginario social venezolano. Lo mismo que de las Fuerzas Armadas, también de la burocracia habría que decir que en Venezuela nace intervenida por el autócrata. En tiempo de Gómez, en los años 20, comienza a institucionalizarse el Estado (Hacienda, Banco Central, Salud y Asistencia Social, Obras Públicas...), pero con una autonomía sólo formal. A la caída de Gómez esa autonomía se va logrando, con lo que las diversas instancias van tomando peso específico. También, en este campo, Rómulo Betancourt inicia un proceso de partidización que, en sectores como educación, llega a ser rápidamente determinante, aunque en otros permita un cierto libre juego; hasta que a

mediados de los 70 el proceso de sectarización se acelera hasta tal punto que el Estado, completamente a merced del gobierno, pierde con su autonomía su calidad, su dinamismo y hasta la capacidad de responder a los requerimientos más elementales de la ciudadanía.

El clamor por la reforma del Estado, en el sentido más primario de que sirva para sus fines, se va haciendo más universal a medida que avanza la década de los 90; y la incapacidad de los partidos y por tanto de los gobiernos, no sólo para responder a esta demanda sino simplemente para escucharla, es la primera causa por la que el país va llegando a la conclusión de que el sistema se agotó y es imprescindible iniciar un nuevo ciclo. Hugo Chávez recogió estas banderas y de ahí su tremenda aceptación en ese sector del pueblo trabajador que estaba harto de que tantos cientos de miles de burócratas cobraran por su adscripción partidista sin la cualificación ni la dedicación que pide su cargo. Era clarísimo que los partidos tenían que alejarse lo más posible de la burocracia estatal.

Pero la solución no es que la burocracia sea intervenida por el estamento de las Fuerzas Armadas a través del Presidente de la República. No es la solución por dos conceptos. El primero, porque se vuelve al pecado original de un Estado intervenido, cuando lo típico del Estado moderno es que se constituya como un cuerpo con toda la estabilidad que permita la meritocracia y el dinamismo para responder a los requerimientos de la ciudadanía. La relación fundamental de la burocracia es con los usuarios. Ante éstos debe ser responsable, no sólo en el sentido personal y ético, sino que existan canales administrativos para que los destinatarios de los servicios puedan hacer valer sus derechos. Nada tiene que hacer el gobierno en el Estado, más allá de marcar algunos énfasis (las llamadas políticas, que se traducen en privilegiar presupuestariamente algunas áreas determinadas)

y velar también por su funcionamiento. La segunda razón, es que la lógica de la burocracia no es militar; es por el contrario eminentemente cívica. Esto significa que los usuarios son los empleadores de los funcionarios; es decir, que si la administración debe tener una consistencia, ésta está al servicio de la ciudadanía, de tal modo que las relaciones sean mutuas. El militar, sin embargo, ante quien debe responder es ante su superior y la relación con aquéllos a los que tiene a su cargo no es horizontal sino de mando y obediencia, aunque eso incluya el respeto de todos los derechos humanos. De buenas a primeras los militares pueden poner orden en la administración; pero al costo de desnaturalizarla.

Lo que requiere es una meritocracia, aunque sin caer en la creación de una clase en sí y para sí, enfrentada en cierto modo, tanto a la ciudadanía como al gobierno y ajena a la dinámica del país y al juego democrático que la expresa. Ése es el sentido de lo que denominábamos las políticas. Aquí el caso paradigmático es PDVSA. Es la única área que respetaron los partidos y los gobiernos, conscientes del carácter rentista del Estado y de la sociedad venezolana y, por tanto, de la necesidad de mantener saneada la fuente de recursos. PDVSA es el emblema de lo que puede dar de sí una política de Estado, por encima de gobiernos e interés partidistas. Ninguna empresa privada puede compararse en consistencia y dinamicidad.

Sin embargo esta distancia, sentida por los altos técnicos y ejecutivos como neta superioridad, unida a la necesidad de engranar exitosamente con la mundialización, ha dado como resultado una empresa que da la impresión de estar de espaldas al país, que es la mayor distancia que se puede tener. La consecuencia es el escaso efecto dinamizador, no sólo directamente, sino como modelo para el universo empresarial venezolano y para el resto de la administración estatal.

Creo que esa distancia es la que percibe Chávez, a mi modo de ver, correctamente. Es elemental que la solución no puede ser la mediatización por parte del Ejecutivo ni la penetración de cuadros militares con su lógica estamental. Pero sí tienen que percibir los altos técnicos y ejecutivos que son una trasnacional, con todo lo que eso significa y ellos saben bien, pero del Estado venezolano, lo que también tiene que tener consecuencias, incluso a nivel de imaginario, lo que parecería estar bastante ausente. Si he venido insistiendo en la autonomía operativa de toda la burocracia, es obvio que también y más aún tiene que preservarse en este caso. Pero sí creo que Petróleos de Venezuela podría insertarse más en el país y no de ningún modo con una imagen populista y folklórica que ni le va ni hace al caso, sino planteándose, como dijimos, su efecto multiplicador sobre el país.

En resumen, el gobierno debería tratar al resto de la burocracia de modo parecido a como trata a PDVSA y la burocracia debería autoestimarse tanto como la compañía petrolera para ponerse a la altura del tiempo. Pero también la petrolera debería acabar de nacionalizarse. Tal vez ésta sea su asignatura pendiente.

La mayor ayuda que podría prestar Hugo Chávez a la burocracia es resistir a las presiones del MVR. Es normal que este partido pretenda tener la misma relación con el Ejecutivo que la que tuvieron los anteriores partidos del gobierno. Es la inercia adquirida en el ambiente político nacional. El siglo XX comenzó en Venezuela con la proclama de nueva gente y nuevos procedimientos. Vinieron en efecto los andinos, la nueva gente, pero para hacer lo mismo que los anteriores. Todo lleva a que lo que se proclama nuevo sólo tenga de nuevo las caras. Es muy difícil cambiar realmente los procedimientos. Es necesario que durante todo su mandato resista a este tipo de relación clientelar para que el país perciba de un

modo inequívoco que en adelante no se darán empleos ni contratos por vínculos partidistas. Esto significa que el gobierno no va a interferir en adelante en el Estado sino que su influencia va a ser sólo, según las leyes, para que la burocracia cumpla cabalmente con sus funciones.

El poder del Presidente y los diversos poderes

Si la clave de lo que piensa Chávez la da lo cívico-militar (un binomio en el que la hegemonía la tiene lo militar con su carácter estamental), una consecuencia de esta mentalidad es la dificultad de admitir y aun de pensar un sistema político con diversos poderes autónomos, que concurren a los mismos fines, pero que también se contrapesan de modo que el poder no se concentre en una sola persona ni en una sola institución, sino que se balancee de manera que nadie pretenda ejercerlo desde sí ni para sí, sino cada uno de ellos como expresión y mediación de la ciudadanía. Desde la lógica militar, es el Comandante en Jefe el que tiene el poder supremo. Entendida así la Presidencia, está claro que los demás poderes o se ponen a su servicio o deben ser preteridos.

Es cierto que a lo largo de los últimos veinticinco años la legitimidad de los distintos poderes se fue socavando de tal modo que para gran parte de la ciudadanía ya no existía. Ya hemos dicho que AD pugnó por penetrar en todos los organismos democráticos de manera que con frecuencia lo verdaderamente importante no se decidía en el Consejo de Ministros o en el Congreso o en la sala de justicia sino en el CEN de AD. A lo largo de esta década hubo intentos de reformar las instituciones, pero los partidos lucharon exitosamente por limitar su alcance de modo que siguieran prevaleciendo sus intereses.

No se puede decir que en Venezuela funcionara satisfactoriamente la división de poderes. Pero el problema es si

el esquema como tal caló en el ánimo del país, de modo que el clamor por el servilismo del Congreso o la corrupción de los jueces debería interpretarse como la indignación por el secuestro de algo valioso y deseado o si se trataba de que el país estaba harto de un esquema ineficiente, y el malhumor y el desapego era la manifestación de que debía abandonarse la democracia y recurrir al caudillo salvador.

Yo creo que el país quiere a la vez democracia y orden, es decir, una democracia fuerte, que significa que tenga la capacidad de hacer cumplir lo que decreta. El modo más elemental de llevarlo a cabo es mediante una democracia directa, plebiscitaria, en la que la masa delegue democráticamente su poder en un líder carismático que tome todas las riendas en su mano y vaya enderezando todo con sabiduría patriarcal y mano firme. Es el cesarismo democrático tan consustanciado con nuestra historia. Esta es una manera de entender el bolivarianismo, fijándose en los años patéticos de la dictadura final (como intento imposible de detener la anomia y la disgregación) y saltándose toda su trayectoria republicana, demócrata y apegada casi religiosamente a las leyes. Según los indicios, Hugo Chávez no parece inmune a esta tentación. De hecho, en esta fase de transición, está ejerciendo el poder de un modo personalista. En él está la decisión final en todas las cuestiones, incluso las no tan importantes. Él es el poder detrás del MVR, la ANC o el gobierno. Hoy por la conjunción de diversas circunstancias (desplome de las instituciones, carencia de oposición organizada y carisma personal del Presidente) existe un desbalance absoluto de poderes. El Presidente es el poder determinante.

El problema es si esto es asumido por él como una coyuntura pasajera que debe dar lugar a la institucionalización relegitimada de los diversos poderes (ante todo el Legislativo, el Ejecutivo y

el Judicial; pero además la burocracia estatal, las organizaciones de la sociedad civil, lo que podríamos llamar el sector social...) o a la consolidación de un presidencialismo estructural. Creemos que ha dado indicios de ir comprendiendo el problema y por eso vemos posible que se incline, a pesar de toda la inercia en él y en los suyos, por la primera posibilidad. Sólo ella hace justicia a la complejidad que ha adquirido el país. La nuestra no es ya una sociedad agraria y pastoril de corte patriarcal que la pueda pastorear el Patriarca duro, justo y providente. El siglo XX ha dado como precipitado histórico un país altamente urbanizado, diferenciado, con muchos habitantes que son pluriculturales; un país que demanda una articulación compleja y altamente formalizada, lo que no tiene por qué contradecir a la cultura de vínculos primarios que aún existe. Esto significa que la conducción del Estado debe incluir la coordinación de multitud de instancias no sólo políticas, sino también públicas no políticas, es decir, meramente societarias (el llamado sector social) y privadas. Esto requiere respaldar y fortalecer el capital institucional que hemos ido adquiriendo. Para ello es necesario un Estado balanceado, altamente diferenciado, pero también sólidamente articulado, lo que requiere una articulación interna en cada una de sus partes. Eso no lo puede lograr un caudillo. Es obra de equipos y de instituciones con alto grado de continuidad. Aunque el líder sí es muy importante para dinamizar el proceso. ¿Podrá Hugo Chávez llegar a ser este líder?

El nacionalismo

El correlato de lo cívico-militar es el nacionalismo. Y es claro que ése es el centro de la retórica de Chávez. Patria y Bolívar serían dos símbolos movilizadores, mutuamente referidos, que funcionan como señas de identidad, como referencia legitimadora, como eje

axiológico y como fuente doctrinaria. Ellos expresan la dignidad, la soberanía, la trascendencia por la que es preciso sacrificarse. Lo opuesto a este conjunto simbólico es servirse del poder para miras subalternas, ser corrupto o corromper, entregar la nación a intereses foráneos, retirarse egoísticamente al campo privado desamparando lo público.

Este conjunto simbólico recibe contenido analítico por las referencias al país: sus pueblos, sus gentes, sus costumbres, sus tradiciones, su historia, su vida cotidiana, lo que podemos llamar su cultura. Creo que esta constante referencia al país es un fuerte lazo de unión entre Chávez y su audiencia. Por ella la gente entiende que el Presidente es de los suyos, que toma en cuenta su situación, que reacciona según sus valores, que quiere poner a valer lo nuestro, el patrimonio común que da la medida de nuestra densidad como pueblo, y a la gente como la primera riqueza de nuestro suelo, como el principal capital con que cuenta la nación, superior incluso al petróleo.

Es cierto que el pueblo percibía que su dirigencia (políticos, intelectuales, empresarios) en los últimos tiempos sólo le hablaba de conectarse con el Occidente mundializado, y además se lo decía con palabras muy técnicas, inasequibles. Percibía que el presupuesto del discurso y su propuesta es que todo lo valioso era exterior a nosotros y que lo nuestro sólo es atraso, inercia, incapacidad. Percibía que los dirigentes no estaban orgullosos de ser venezolanos, sino acomplejados de serlo y que buscaban al menos no parecerlo.

Esta percepción popular es simplificada, pero no tanto como la que tiene la dirigencia respecto del pueblo. No es exagerado decir que la dirigencia perdió el contacto con el pueblo y aun con la realidad física del país. Esta falta de anclaje se traduce en la falta de inversión, en el rentismo de la clase empresarial y en la emigración de los pro-

